



PLÁTICA VI.

SOBRE EL SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA.

Este adorable Sacramento es el mas digno, el mas excelente, y para decirlo de una vez, el principal de todos, porque baxo las especies de pan y vino, consagradas por el sacerdote, se contiene real y verdaderamente el cuerpo y la sangre de Jesucristo, su alma, su divinidad, sus atributos, para alimento espiritual de nuestras almas. Como hablo á un pueblo cristiano, prescindo por ahora de impugnar á los enemigos de este Sacramento, condenados por la Iglesia. Conténtome pues con exponeros en sumario los símbolos con que fue figurado desde el principio del mundo hasta su institucion, las

circunstancias de ésta, sus admirables efectos, y las disposiciones necesarias para recibirle dignamente.

I. En primer lugar, hablando S. Dionisio de la eucaristía, la llama Sacramento de los sacramentos, y hostia de todas hostias: y S. Leon dice, que Dios reduxo las diferencias de todas las hostias legales á la perfeccion de este solo sacrificio. ¡Qué de figuras no nos preparó para darnos á conocer su excelencia! Registremos la escritura. Alli vemos el árbol de la vida, situado en medio del paraíso, dice el grande Augustino, para alimento de Adán inocente, y aqui á Cristo Señor nuestro, que en el Sacramento del altar se da por alimento espiritual á los que le temen. Alli vemos el sacrificio que ofreció Abél de las primicias de sus ovejas y frutos, para figurar, dice el mismo padre contra Fausto, la sangre del Cordero inmaculado para redencion del gé-

nero humano ; cuya analogía confirma la Iglesia en el cánon de la misa. Allá vemos á Melquisedech, sacerdote de Dios Altísimo, á quien Abraham ofreció el diezmo del botín, conseguido por la derrota de los reyes que llevaban prisionero á su sobrino Loth ; y acá veneramos en este augusto y adorable Sacramento al eterno Sacerdote , segun el órden de Melquisedech, que se representó al real Profeta. Allí vemos el cordero pascual, sacrificado en cierto tiempo de órden de Moisés, del cual debian comer todos los hijos de Israel, y reducir á holocáusto todo lo que les sobrase, en memoria de haberlos Dios sacado de la esclavitud de Egipto; y aqui adoramos al Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo, sacrificado en el ara de la cruz, para redimirnos de la esclavitud de la culpa con el precio infinito de su sangre. Allí vemos á un nu-

meroso pueblo, de mas de seiscientos mil hombres, sin las mugeres y niños, á quienes el Señor alimentó por espacio de cuarenta años en el desierto con el maná que descendia diariamente del cielo ; y aqui adoramos este verdadero pan del cielo, que sirve de alimento espiritual á todos los verdaderos fieles, que viven de la fe, de la esperanza y caridad en el desierto de esta vida. ¿Qué no podria decirnos de aquel pan que fortaleció á Elías, cansado de la fuga de la impia Jezabél, y recostado á la sombra de un junípero? ¿No sabemos por la sagrada historia, que apenas lo comió recibió tal fortaleza, que pudo con solo este alimento caminar por espacio de cuarenta dias con sus noches, hasta llegar al monte de Dios Horeb? ¿Qué figura mas expresa de este adorable Sacramento, pan verdaderamente celestial, que sirvió tantos dias de único alimento á san-

ta Catalina, y á muchas otras almas justas? Hé aqui la causa por qué los fieles primitivos llevaban á su casa el pan eucarístico, principalmente en tiempos de persecucion. Recibíanlo diariamente, y con él se preparaban al martirio. Este pan, dice San Cipriano, ha sido la fortaleza de tantos mártires; y el concilio de Trento, apoyado sobre el oráculo de S. Juan cuando dice hablando del pan eucarístico: *el que (dignamente) me come, por mí vivirá*; nos enseña que este Sacramento está instituido para alimento del alma.

II. ¿Y en qué circunstancias instituyó Jesucristo este adorable Sacramento á beneficio de las almas? Admirad, señores, su caridad y amor al linage humano. El día antes de su pasion afrentosa, cuando iba á ser entregado en poder de las tinieblas y al furor de sus enemigos; cuando esperaba ser cubierto de ignominias y oprobrios, entonces hace ostenta-

cion de su liberalidad y misericordia, quedándose Sacramentado entre nosotros, sus enemigos por la culpa, y esto hasta el fin de los siglos. ¿Qué hombre ó qué profeta llevó jamas tan lejos el amor y la dulzura? ¿Qué amigo fue jamas tan liberal y generoso, que se diese á sí mismo, como en prenda segura de su amor? ¿Cuánto seria de desear, hermanos míos, que supiesemos nosotros agradecer esta inmensa caridad; este imponderable beneficio! ¡O cuánto deberíamos meditar los altísimos fines que para nuestro propio interes se propuso el Salvador al concedernos este inefable don!

III. Oid la descripcion que substancialmente hace de ellos el santo concilio de Trento. Nuestro Salvador, dice, estando para partir de este mundo, y volver á su Padre celestial, instituyó este Sacramento, que contiene las riquezas de su divino amor al hombre; primero, para

declarar su ardentísima caridad á los fieles, comunicándoles por alimento aquel mismo cuerpo y sangre que iba ya á dar en precio de su redencion. Segundo, para darnos una prenda de su entrañable amor, y una perpetua memoria de todos los misterios que habia obrado por el hombre, viviendo en carne mortal. Tercero, para que esta comida y bebida del cuerpo y sangre de Jesucristo nos fortalezca y sustente nuestra vida espiritual. Cuarto, para que este divino alimento nos sirva de preservativo de nuestras enfermedades espirituales y de escudo inexpugnable contra las tentaciones, y de prenda para la vida eterna. Quinto, para estímulo de todas las virtudes, principalmente de la fe, esperanza y caridad, sin cuyo ejercicio nadie puede salvarse. Sexto, para excitarnos á amar de corazon al que habiendo amado á los suyos, que estaban en el mun-

do, quiso amarnos hasta el fin, dándonos todo lo que es en sí por medio de este adorable Sacramento, memorial perpetuo de sus maravillas, misterio inefable de su fe, gage de su infinito amor y prenda segura de nuestra felicidad, si le recibimos con las debidas disposiciones.

IV. Como todo fiel cristiano está obligado á recibir este augusto Sacramento, á lo menos una vez en el año, segun el concilio Lateranense, es necesario prepararse para el efecto con unas disposiciones que nos hagan dignos de recibir tan inefable beneficio. Estas son de dos géneros; unas que miran al alma, y otras que pertenecen al cuerpo. Las disposiciones corporales consisten en el ayuno natural; es decir, en no haber tomado cosa alguna desde media noche antes, ni aun una gota de agua, á excepcion de los enfermos que comulgan por viático, los cuales podrán recibir la eucaristia;

en caso de necesidad, despues de haber comido, bebido ó tomado medicina. Es necesario ademas, que para comulgar tengamos el exterior lo mas modesto, respetuoso y recogido que sea posible; y será bueno prepararse por medio del ayuno ó abstinencia, dice un célebre catequista; y las personas casadas por medio de la continencia, siendo por mútuo consentimiento.

Por lo que hace á las disposiciones del alma para recibir la sagrada comunión, consisten en tener el alma pura; ó por haber conservado la inocencia del bautismo, de lo cual nadie debe lisonjearse, segun el evangelio; ó por haberla reparado por medio de una verdadera penitencia, que es la vestidura nupcial, indispensable para participar dignamente de las bodas del Cordeiro de Dios, sacrificado por nuestro amor. El que está pues en pecado mortal debe necesariamente recurrir

al sacramento de la reconciliacion para recibir el de la eucaristia. Esta es la preparacion que S. Pablo nos íntima cuando dice: pruébese el hombre á sí mismo; es decir, exámine en su conciencia si está puro, y baxo esta precisa condicion acérquese á comer de este pan y á beber de esta sangre; porque el que come de este pan, y bebe indignamente de este cáliz, será reo del cuerpo y de la sangre del Señor; pues lo trata en cierto modo como Judas y los judíos que le crucificaron; y en este caso, añade el Apóstol, come y bebe su juicio; es decir, su condenacion, como expone el Crisóstomo, porque no discierne el cuerpo del Señor de los cuerpos profanos, comunes é indiferentes, dice S. Anselmo. Con este fin escribia S. Justino mártir en su apologia de la religion al emperador Antonino Pio: no recibimos nosotros la sagrada eucaristia como un alimento

común, antes creemos que como por la palabra de Dios el Hijo de Dios se hizo Hombre, así también por las palabras de la consagración se transubstancia ó convierte el pan y el vino en el cuerpo y la sangre de Jesucristo. Debemos pues acercarnos á esta sagrada mesa del verdadero cuerpo y sangre de nuestro Redentor con fe viva, con firme esperanza, con ardiente caridad, con humildad profunda, con espíritu de gratitud y con un santo anhelo de unirnos á Jesucristo, dice S. Agustín. Por falta de esta preparación, dice el Apóstol, abundan entre vosotros los enfermos; es decir, los ébrios, los soberbios, los avarientos, los lascivos, los que desprecian á Jesucristo en los pobres, como exponen los padres; y mueren muchos fuera de su tiempo, en pena de su pecado; ya con muerte repentina, ya baxo la cuchilla de un asesino; ya trastornada su mente,

é inducidos como Caín y Judas á la desesperación, creyendo irremisibles sus pecados, y entregados á un sentido réprobo. La causa de esto es, porque la comunión sacrilega produce en el alma el abandono de Dios, la ceguedad del entendimiento, la dureza del corazón, el espíritu de división, la oposición al bien y á la verdad, todo género de pecados, la impenitencia final y la condenación eterna, como reflexiona un catequista; porque no hay cosa que más irrite á Dios, que la profanación de su adorable cuerpo y sangre, según S. Cipriano.

Consideremos pues, os ruego, el inefable don que el Señor nos comunica en este adorable Sacramento, haciéndonos participantes de su cuerpo y sangre, de su alma, de su divinidad y de todo lo que es en sí, para servirnos de alimento espiritual en esta vida mortal, y de viático para la eterna.

Ni olvidemos jamas que este augusto Sacramento es el memorial, no solamente de las maravillas de Jesucristo, sino un sacrificio incruento de su pasion y muerte, que nos representa el cruento de la cruz para remision de nuestros pecados. Pero de esto os hablaré cuando trate del primer mandamiento de la Iglesia. Entre tanto adoremos con la mas profunda humildad y reconocimiento á este Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo; pues digno es de recibir el honor, la alabanza, la gloria y la accion de gracias por los siglos de los siglos. Amen.



PLÁTICA VII.

SOBRE EL SACRAMENTO
DE LA EXTREMA-UNCION.

La Iglesia santa, instituida por Jesucristo, y dirigida siempre por el Espíritu Santo, columna y firmamento de la verdad, que ni puede engañarse ni engañarnos, segun el Apóstol; la Iglesia, repito, ha mirado siempre como verdaderos sacramentos de la ley de gracia todos los signos instituidos por nuestro Salvador, para conferir la gracia santificante. Uno de estos signos sensibles que santifican, es la sacra uncion, que administran los sacerdotes á los enfermos que estan en peligro de muerte. Sobre lo cual dice el apóstol Santiago: *si enferma alguno entre vosotros, llame á los pres-*